



AÑO I. — NUM. 16.

PRECIOS DE SUSCRICION

	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.	MES.
Madrid.....	72 rs	38 rs.	20 rs.	8 rs.
Provincias.....	80	44	24)
Portugal.....	90	50	26)
Extranjero.....	100	55	30)

En Madrid. . . } Número suelto, 2 rs.
 } Suplementos, 1/2 rs.

DIRECTOR PROPIETARIO, D. GASTON MARICHAL.

ADMINISTRACION
 PLAZA DEL BIOMBO, NÚMERO 2

Madrid Octubre de 1877.

PRECIOS DE SUSCRICION Á PAGAR EN ORO.

	AÑO.	SEMESTRE.
Filipinas.....	7 pesos.	3 pesos.
Cuba y Puerto-Rico.....	5 1/2	4

En las demas Américas un año 4 pesos, mas el recargo respectivo por razon de portes ó franqueo.

Se publica los dias 6, 14, 22 y 29 de cada mes.



SUCESOS DE LA GUERRA DE ORIENTE. — Ataque del reducto de Grivitza en Plewna por los ru nanos.

SUMARIO.

TEXTO.—Historia de la semana.—Crónica de la guerra.—Biografía: El general Skobelev.—Cultura.—Los cónclaves.—Venganza agarena.—Un pláceme á *La Infancia*.—Viajes: Aventuras peligrosas de un marino.—La Religión en Rusia.—Los treinta y tres sultanes otomanos.—Grabados de la Crónica.—Ecos de Madrid.—Averiguaciones.—Rectificación.—El Abenaki.—El menor de los tres pecados.—El traje y el adorno.—La disciplina en el matrimonio.—El mobiliario.—La cocina moderna.—Pensamientos.—Pensamientos infantiles.—Anuncios.

GRABADOS.—Sucesos de la Guerra de Oriente: Ataque del reducto de Gritvitz en Plewna por los rumanos.—El general Skobelev, jefe de la 16.ª división del ejército en Plewna.—Exploradores turcos en los Balkanes.—Batalla de Plewna: Tercera jornada; 3 de Setiembre.—Batalla de Plewna: Quinta jornada; 11 de Setiembre.—Los fugitivos, cuadro de Blaize.—Jeroglífico.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

Habiendo recibido quejas de un gran número de nuestros antiguos suscritores que no han visto con el mayor agrado el aumento de dimensión de nuestro periódico y la lógica y natural subida de precio del mismo, hemos resuelto satisfacer los deseos del público, aún á costa de nuestros intereses.

Por lo tanto, desde el próximo número nuestra publicación volverá á tomar la forma que en un principio tenía, es decir, que constará de ocho grandes páginas, las cuales sólo costarán á los suscritores

UN REAL EN TODA ESPAÑA.

Los señores suscritores que tienen en la actualidad hechos sus pagos por adelantado, se les tendrá cuenta de la cantidad recibida á razón de un real por cada número, de modo que el que haya satisfecho 20 rs., recibirá hasta el núm. 20, y el que 40 reales, hasta el núm. 40.

Los señores corresponsales quedan autorizados á admitir suscripciones con estas nuevas condiciones y sin exigir pago ninguno adelantado á los suscritores, los cuales deberán satisfacerles UN REAL por cada número en el acto de serles entregado.

HISTORIA DE LA SEMANA.

Nuestro siglo será, por los que le sigan, llamado siglo de los grandes triunfos. ¿No merece que se le llame también de las grandes luchas? Verdaderamente que sí. Sólo que estas luchas ni han principiado con él, ni con él terminarán.

Por Oriente como por Occidente, nuestra Crónica viene registrando batallas y combates. Los rusos acaban de obtener señaladas victorias en Asia: los republicanos triunfos menos cruentos y más importantes en Francia. Pero ni aquellas victorias ni estos triunfos pondrán término á la lucha. El enigma de la esfinge sigue en pie. Nacen nuevas cabezas á la hidra bajo el mismo cuchillo que las siega.

Si alguno nos dijese que no ve tales hidras y tales esfinges; que en Europa no existen ya parias, ni esclavos, ni siquiera siervos del terron, y que por no haber semejantes motivos de lucha no hay ni la que tuvo por origen la honda distinción entre patricios y plebeyos... le contestaríamos que, en efecto, los nombres y los accidentes, los trajes y las armas han cambiado notablemente; pero que en el fondo el drama es el mismo, y el nudo no acaba de desatarse. Y es que los autores y actores, con diversas máscaras, son en realidad los mismos; persiguen el propio objeto, les mueven las mismas pasiones; y si no idénticos, ponen en juego parecidos medios. La redención de la plebe viene siendo objeto de grandes luchas y de heroicos esfuerzos desde mucho antes de Cristo, y aún está por alcanzar. Los tutores quieren que los pupilos no lleguen nunca á la mayor edad.

¿Qué se persigue hoy? Lo que se persiguió siempre: *la comunión en el mismo derecho*.

Verdad es que hoy todos los contendientes—turcos y rusos, absolutistas y liberales, conser-

vadores y republicanos—invocan la libertad. Ciertamente sí. Pero unos quieren la libertad dentro del privilegio: y otros buscan la igualdad ante la ley. ¿No es esta la cuestión de siempre... la cuestión eterna? Pues ahí teneis la hidra, ahí está la esfinge.

Leed, si gustais, el cap. II, lib. II de Tito Livio, y decidme si aquellas quejas, si aquellos argumentos de la juventud patricia contra la nueva forma de gobierno no entrañan en el fondo las propias quejas y los mismos argumentos que hoy vierten y emplean los absolutistas y los *soi dissant* conservadores de todos los países. Pero vengamos á los hechos de actualidad.

Rusia pelea por volcar á Turquía. Inglaterra se afana por mantenerla de pie. Aquella trabaja por sublevar la Sérvia y la Grecia, como ha sublevado la Rumanía y el Montenegro. Esta otra se esfuerza porque el juego se haga tablas. Entre tanto enseña el ejercicio á los musulmanes y les procura armas y municiones. Inglaterra ama mucho la libertad; pero también el privilegio. Y sobre todo, quiere ser el ama y tener las llaves.

Francia ha votado por la República. Pero Mac-Mahon y los suyos insisten en votar por sí mismos. «Nosotros solos somos los buenos: nosotros solos: ni más ni menos.» Y los conservadores á la usanza española tienen el mérito de la franqueza. Votos son votos, pero el que manda no se puede equivocar: ¿para qué se han hecho las bayonetas y los cañones? Bueno es que las monjas hagan votos, pero es mejor tenerlas entre rejas.

Lector carísimo, yo te refiero, no lo que se siente y se piensa, sino lo que se hace y lo que se dice. Lo que fuere sonará. No me preguntes mi parecer.

Por nuestra casa... lo de siempre:
«robos, asesinatos, fieros males.»

Curas que niegan la sepultura á los periodistas que tienen el mal gusto de morir sin ponerse á bien con ellos, y á los muchachos que tienen la desgracia de caerse de un árbol: alcaldes y presbíteros como los de Iznatoraf: muchos secuestros: mucho contrabando; pero en cambio, muchas romerías, muchos conventos, muchas plazas de toros, y... una ley de vagos en proyecto. *Corruptissima reipublica plurimae leges*.

T. R. P.

CRÓNICA DE LA GUERRA.

Confirmada y con creces la derrota de Muktar-Pachá (el Ghazi), en las cumbres de Aladjadagh: deshecho su ejército y batido también el que manda Ismail-Pachá, los turcos se encuentran, al fin de la campaña, en situación más comprometida, por la parte de Asia, que lo están por la de Europa.

El golpe sufrido el día 15 ha sido tan enorme para los turcos que no hay manera de repararle por el pronto. Cuatro mil hombres fuera de combate en el ala izquierda del ejército de Muktar: su ala derecha prisionera de guerra, con todo su tren de campaña... el general turco, aunque puesto en salvo, no podrá salvar á Kars: y derrotado Ismail-Pachá por Thergukassoff, es posible que no alcance á evitar la llegada de los rusos á Erzerum. El descalabro ha sido tremendo por aquel lado.

Por el de Europa adelantan menos las armas rusas. Plewna sigue siendo el gran escollo que las detiene. Ni las paralelas de Totleben, ni los refuerzos rumanos, alcanzan á rendir aquellas trincheras y reductos tan bizarramente defendidos. El día 19 se apoderaron los rumanos por

un ataque brusco del segundo reducto de Gritvitz; pero los turcos lo recobraron en aquella misma noche á costa de un supremo esfuerzo y de mucha sangre.

Suleyman se hace fuerte en Rasgrad: y de Andrinópolis acuden cuantas tropas tenían los turcos para reforzar las que defienden á Varna y las que manda el propio generalísimo.

En Constantinopla hay serias preocupaciones por el aspecto que van tomando las cosas: y se trata ya de rehabilitar á Mehemet-Alí y aún de conferirle la cartera de la guerra.

Los últimos telegramas de origen fidedigno hacen posible, aunque no realizada, la unión de las fuerzas que en Asia manda Ismail-Pachá á los restos del ejército de Muktar-Pachá, que procura rehacerse con los socorros que recibe, y con los que se propone detener á los rusos en el camino de Erzerum.

El general Gurko ha obtenido un señalado triunfo en la margen izquierda del Vid y en el camino que conduce de Plewna á Sofía.

Siguen los trabajos de aproche alrededor de Plewna.

BIOGRAFÍA.

EL GENERAL SKOBELEFF.

El caballero sin miedo y sin tacha de las armas rusas es el joven de treinta y siete años, teniente general Miguel Dimitrigewit Skobelev, el héroe de la batalla del 12 de Setiembre. Desciende de noble estirpe, pues es hijo del teniente general del mismo nombre, é hizo su educación militar en la escuela de cadetes de San Petersburgo. En la campaña de Kiva se dió ya á conocer como pundonoroso oficial de gran valor y talento poco comun. En la presente guerra fué al principio primer jefe de una brigada de cosacos. Cuando los primeros ataques de Plewna cubría el flanco izquierdo de Krüdener, delante de Lowat (Lotcha) y Selvi, y lo mismo en el segundo, pero ya agregado al Estado Mayor del duque Nicolás, obteniendo más tarde el mando de un cuerpo de ejército. La victoriosa toma de Lotcha se debe, en su mayor parte, á él y al príncipe Inmerentiski; él atacó las posiciones del Sur de Plewna, que mandaba el valiente Osman-Pachá. El 11 de Setiembre atacó los reductos del Mediodía, y de aquí su forzosa retirada en que se portó cual un héroe. De 12.000 hombres de que se componía el cuerpo de ejército que mandaba, perdió, entre muertos y heridos, 1.500. Púsose despues al mando de la cuarta brigada, fuerte de 3.700, y en una hora había perdido 2.000. Despues de los prodigios de heroísmo que hizo en esta célebre retirada (12 de Setiembre), en la que perdió además 17 de los 45 individuos de que constaba su escolta, el emperador le recibió en Gorní Stunden, le nombró teniente general y jefe de la décimasexta brigada de ejército.

CULTURA.

ERRORES Y PREOCUPACIONES.—Bajo este título general nos hemos propuesto indicar aquellas preocupaciones que basta apuntar para que los unos se avergüencen de su credulidad y los otros se rian de ella, como también aquellos errores en que incurren muchos que se tienen por despreocupados y por medianamente instruidos. Trataremos de los presagios deducidos del vuelo de las aves, del chillido de los animales nocturnos, de los signos del zodiaco y de los elementos; hablaremos de los martes y los viernes, días que se tienen por nefastos; de la caída del salero en la mesa y de tantas fantasías, empezando por la cuadratura del círculo, la piedra filosofal, la fatalidad antigua y el fatalismo moderno; por de pronto acometeremos con los aparecidos, los espectros y las fantasmas, invenciones de los poetas, los historiadores y los evangelistas, símbolos de imágenes adaptadas á las proporciones é inteligencia de los pueblos que fueron sus contemporáneos y degeneradas en supersticiones ridículas al pasar de unas generaciones á otras. Las evocaciones, las resurrecciones, ficciones demasiado sublimes para que su pensa-

miento y su objeto no merezca la admiración de la posteridad, han descendido de la alta moralidad para que fueron inventadas, á cuentos ridículos y groseros que son su parodia. Los aparecidos, los espectros y las fantasmas, cuando no son hijos de nuestra imaginación, de la fatiga de nuestra cabeza, del delirio ó las alucinaciones de la fiebre, suelen ser efecto de la fantasmagoría y de la física, puestas al servicio de la especulación.

LOS CÓNCLAVES.

La salud de Pío IX declina por momentos, y es de creer que Roma verá muy pronto el curioso espectáculo de un cónclave: ocasión nos parece de ofrecer algunos detalles, más pintorescos que políticos, sobre las ceremonias á que da lugar la muerte de un Papa, que son uno de los cuadros más curiosos de las costumbres romanas.

Desde que el Papa está en peligro de muerte se pone de manifiesto el Santísimo Sacramento en las basílicas de San Pedro, San Juan de Letran y Santa María la Mayor, y se recita la oración, *pro infirmo pontifice morti proximo*; por todas partes se celebran ceremonias particulares, y si se redactara en código separado todo lo que debe practicarse en la muerte y elección del Papa, este código tendría dos mil artículos.

Así que el Pontífice muere, el camarlengo (cardenal) reúne la cámara apostólica, que entra ceremonialmente en la estancia del Papa. Después de una corta oración, el camarlengo se acerca al lecho, levanta el velo que cubre la cabeza del difunto, y reconocido el cuerpo, recoge el anillo del pescador. Después se viste al difunto cuya muerte anuncian todas las campanas de Roma.

Las horas duran una semana, durante la cual un notario levanta acta de todas las ceremonias, entre las cuales hay algunas que denotan un gran espíritu de desconfianza. Después se sacan á la suerte las habitaciones del cónclave, que se componen de tres pequeñas piezas para cada elector. Antes de entrar los cardenales van procesionalmente á Monte Carvallo; desde allí los escoltan hasta el Vaticano: tres campanadas anuncian la apertura del cónclave, los profanos se retiran y se encierra á los cardenales electores.

Durante todo el tiempo del cónclave, los cardenales que deben estar aislados reciben la comida de sus casas, procesionalmente, llevada por sus criados é inspeccionada por un obispo. Bueno es advertir que hoy la inspección es de pura forma.

Cada día se hacen dos escrutinios; si no dan resultado, se queman las papeletas en una chimenea, cuyo cañon conoce el pueblo de Roma (que ha elegido los Papas hasta el siglo XIII), chimenea que sirve de señal para que todo el mundo sepa que aún no se ha hecho la elección. El día que los romanos no tienen el espectáculo de la *fumata*, hay Papa elegido. Hasta entonces se redoblan las oraciones y procesiones, para que el Espíritu Santo ilumine á los cardenales. El cónclave dura á veces mucho tiempo, pero tiende, sin embargo, á abreviarse; aunque el de 1827 todavía duró treinta y siete días; el que eligió á Pío IX se terminó en cosa de una semana.

¿Qué hará el cónclave próximo? Grave cuestión es ésta, que no ha llegado el momento de apuntar. Aún antes de reunirse, se planteará ya una cuestión no pequeña, para decidir si ha de celebrarse en Roma. Habrá que declarar si las tropas italianas que dan la guarnición de la Ciudad Eterna, son tropas compuestas de soldados *hostiles ó extranjeros*. Si el sagrado colegio es de esta opinión, los cánones de la Iglesia exigen que la elección se haga fuera de Roma ó que se aplace. Esa será, á la muerte del Papa, la primera escaramuza de la batalla entre el espíritu de resistencia y el de conciliación en el seno de la Iglesia católica.

VENGANZA AGARENA.

I.

UN PASTOR COMO HAY POCOS.

No hay habitación más alegre ni más confortable que la cocina en las casas terreras de los pueblos y alquerías de nuestro país, y, sobre todo, la cocina de

las casas rectorales. Aquella blancura, cuidadosamente mantenida, de las paredes, aquel hogar, siempre limpio y sin cesar alimentado, de donde irradia el calor de una llama vivificante y animadora, la limpieza de aquel basal, el aseo y la comodidad de aquellos blancos escaños de pino, á uno y otro lado del hogar... dan á aquella habitación, por demás modesta y plebeya, un atractivo indecible. De mí te sé decir, mi querido lector, que recuerdo siempre con cierto encanto los ratos de dulce vagar que en ellas he pasado: así como no olvido, ni olvidaré jamás, la franca hospitalidad que siempre me dispensaron sus moradores, y el agasajo y las obsequiosas atenciones de que fuí objeto muchas veces en aquellas apacibles viviendas.

En la noche y ocasión de que te venía hablando, acabábamos de restaurar nuestras fuerzas el señor cura y yo con dos buenas jícaras de legítimo Soconusco, y nos recreábamos en silencio con el humo aromático de dos buenos vegueros, cuando se anunció y á la vez entró en la sala dando las buenas noches un respetable anciano; traía su anguarina de paño burdo mangada y en forma de gaban á la antigua española. Calzaba curiosamente abarcas de baqueta: y más por signo del oficio que por necesidad de apoyo estribaba en un gran cayado su mano izquierda. Al descubrir con la otra su cabeza dejó ver una calva venerable, una frente ancha é inteligente, y un semblante bello y simpático. Su mirada, sin dejar de ser dulce, era investigadora; y su voz tenía un timbre grave, pero acentuado y agradable.

—Sea bien venido el tío Moranga—le dijo al verle el señor cura—venís á propósito; como caído del cielo. En este momento estaba pensando en mandaros á llamar. Pasad adelante y tomad posesión de vuestro sitio. Tengo que exigiros un favor. Esta noche vais á hacer el gasto. Pero ántes... María; un traguito del Robledillo para el más anciano y más discreto de mis feligreses, para el más entendido y más acaudalado pastor de la comarca.

—Aun cuando no viera á este señor—contestó el anciano haciéndome un cumplido con la cabeza—conocería que tenía un huésped el señor cura, al verle tan jovial y tan decididor. Mi párroco sabe ya que el viejo Moranga tiene una satisfacción en poderle servir. Venía yo esta noche á implorar los consejos y demandar los servicios de mi párroco; pero si ántes puedo prestarle yo alguno, tanto mejor para mí. Me tiene desde ahora á su disposición.

—Contaba con ello, mi buen Moranga, contaba con ello. Pero no: si mi feligrés necesita á su párroco para algun asunto grave y urgente... ántes que el honesto recreo están los deberes del ministerio, y hasta los de la amistad. Este caballero nos permitirá...

—Nada de eso, señor cura—repuso el anciano sin dejar que aquél prosiguiera, ni yo me insinuara—nada de eso. Si de grave puede tener algo, no tiene nada de urgente el asunto sobre el que venía á pedir los santos consejos de nuestro pastor espiritual. Se trata de una boda: y las bodas en nuestras aldeas y lugares tienen siempre espera. Mi nietecita Emilia quiere casarse con el hijo menor de Eulogio el rentero de Muñovela. Usted sabe, señor cura, las cuestiones que han mediado entre los padres de mi yerno y el Eulogio, de resultas del arriendo de Fraguas. También sabe usted lo que influyen cuatro terrones en el ánimo y en la conducta de nuestros labradores; y hasta qué punto llegan entre ellos las enemistades que tienen por origen la competencia en materia de arrendamientos. Pero los muchachos son muchachos y se quieren. Yo les patrocino y he tomado á mi cargo el casarlos. Mas si usted no me auxilia, no sé cómo saldré de mi empeño: porque la oposición de los dos padres es furiosa, y no se les puede hablar del asunto.

—La venceremos, mi buen Moranga, la venceremos, y los mozos se casarán, Dios mediante, si el abuelo los protege y los dos lo tomamos por empeño.

—Es preciso que así sea, señor cura. Pende de ello la ventura de dos buenos muchachos que empiezan á sentir la vida y conocer el mundo por lo que tiene de más bello. Contribuir á la dicha de los jóvenes es la mayor, si no es la única, que está reservada á los viejos.

—Si esa puede ser la única ó la mayor dicha, no

es el único deber que los viejos tienen, amigo Moranga; especialmente si esos viejos no han pasado sus años como una planta, apegados al suelo que los vió nacer, ó como una ostra, encerrados dentro de su concha, sino que han militado, y viajado, y visto, y oído, y leído, y pensado tanto como el bravo sargento de Muñovela, á las órdenes del marqués de la Romana.

—Señor cura, aquel joven sargento, contestó Moranga, es hoy un pobre anciano que ve cada día de más lejos las cosas de aquí, y de más cerca las de allá... Sus deberes... mejor que otro alguno, sabe su párroco á lo que están reducidos por hoy.

—Sí por cierto, y porque lo sabe lo va á decir, repuso el señor cura. Y va á hacer más: va á exigir en nombre de la amistad á ese anciano que cumpla con uno de esos deberes.

—¿Y cuál puede ser él, señor cura?...

—El de enseñarnos lo que sabe y lo que los demás ignoramos. Los méritos para el cielo se hacen aquí, en la tierra, y uno de los mayores es el de enseñar al que no sabe, le dijo el párroco.

—¡Pero un humilde pastor de cabras!...

—Más de una vez, haciendo yo conversacion con el humilde pastor de cabras acerca de los vestigios de antiguas obras y edificios que se encuentran dentro de esta casa, recuerdo haberle oído exclamar allá, entre la fresneda: «¡Ah, señor cura! Estos sitios fueron un tiempo otra cosa muy diversa de lo que son hoy día. Algo pudiera yo decir sobre ello, que tal vez diera luz y abriese algun camino para saber lo que hoy se ignora; porque aún recuerdo lo que siendo bien joven oí contar, no lejos de estos fresnos.»

Varias veces, continuó diciendo el señor cura, he querido que el pastor me refiriese lo que sabía; pero siempre lo ha esquivado. ¡Y bien, mi buen Moranga! Ha llegado la ocasión de que el viejo pastor de la Valmuza confie sus noticias á quien puede transmitir las al público, utilizándolas en provecho de la historia.

Entonces le contó la visita que acabábamos de hacer á las habitaciones del mosaico y lo que yo había dicho á la vista de aquellos preciosos restos del arte arábigo, vestigio harto mal conservado del lujo y de la cultura á que llegaron los moriscos de España.

El venerable anciano, que había comenzado por sonreírse al escuchar al señor cura, concluyó por conmovirse. Sus ojos tomaban un nuevo brillo, se teñían de carmín sus mejillas, y sus facciones adquirían una expresión tan animada y tan viva, que excitada mi curiosidad, no pude contenerme, y uní mis instancias á las del obsequioso párroco para vencer la resistencia del buen pastor y decidirle á que nos refiriese el misterio que encerraban los recuerdos que parecía estar evocando y revolviendo en su mente.

—Bien, señores, bien, nos dijo por fin; puesto que así lo desean, oírán ustedes la historia de un suceso que les impresionará, aunque no tanto como á mí me conmovió el escucharla, hace ya no pocos años, de boca del inolvidable tío Pablo, cuyo nombre aún se pronuncia con profundo respeto por todos los habitantes de esta comarca. Es un suceso que, á pesar de los muchos que tejen la tela de mi azarosa vida, no he podido olvidar desde entonces, y cuya memoria refrescan diariamente, con cierta melancolía no exenta de placer, estos valles, esa fresneda, estas colinas y laderas, que oyeron aquellas confianzas, y que han presenciado tantos y tan notables acontecimientos.

Dímosle las gracias á un tiempo el cura y yo por su condescendencia á nuestros ruegos, y nos apresuramos á escucharle con religioso silencio.

El discreto Moranga echó á un lado su sombrero, enjugó una lágrima que, á su pesar, se había asomado á sus ojos, y recobrada su noble actitud y serenidad habitual, con voz reposada y sentido acento, nos dijo lo que el lector sabrá, si saberlo desea.

II.

EL HOMBRE DE LA YEGUA NEGRA.

Mansa, pero no apaciblemente, prorumpió Moranga, se deslizaba el cuarto año del presente siglo, en estas medio desiertas comarcas, sin que el vago

rumor de las borrascas que á otras agitaban y que llegaban por aquí como un eco semi-apagado de lejanos y lastimeros ayes, lograrse todavía arrancar á nuestros padres del sueño de la miseria y de la ignorancia.

Llaman algunos dichosa aquella ignorancia, que tenía como enmohecidos todos los resortes del espíritu, cerrado por lo tanto á la compasión de los males ajenos, y casi negado al sentimiento de los propios.

Víctimas de la superstición y de la tiranía más estúpida, nuestros padres, para ponerse á cubierto del terror que les infundían aquellos dos espectros, no habían encontrado otro lenitivo ni escudo mejor que el sueño, imagen de la muerte.

Los prudentes les recomendaban la paciencia; y el miedo, el hábito de sufrir y el instinto de conservación habían erigido en máxima de educación el sabido proverbio de *Con el Rey y la Inquisición... ¡chiton!*... máxima que los padres cuidaban de inculcar desde bien temprano en el ánimo de sus hijos. La experiencia y la tradición les habían demostrado, que los pocos que se habían atrevido á tenerse de pié delante de aquellos dos monstruos, más pronto ó más tarde, habían sido aplastados por el uno ó devorados por el otro.

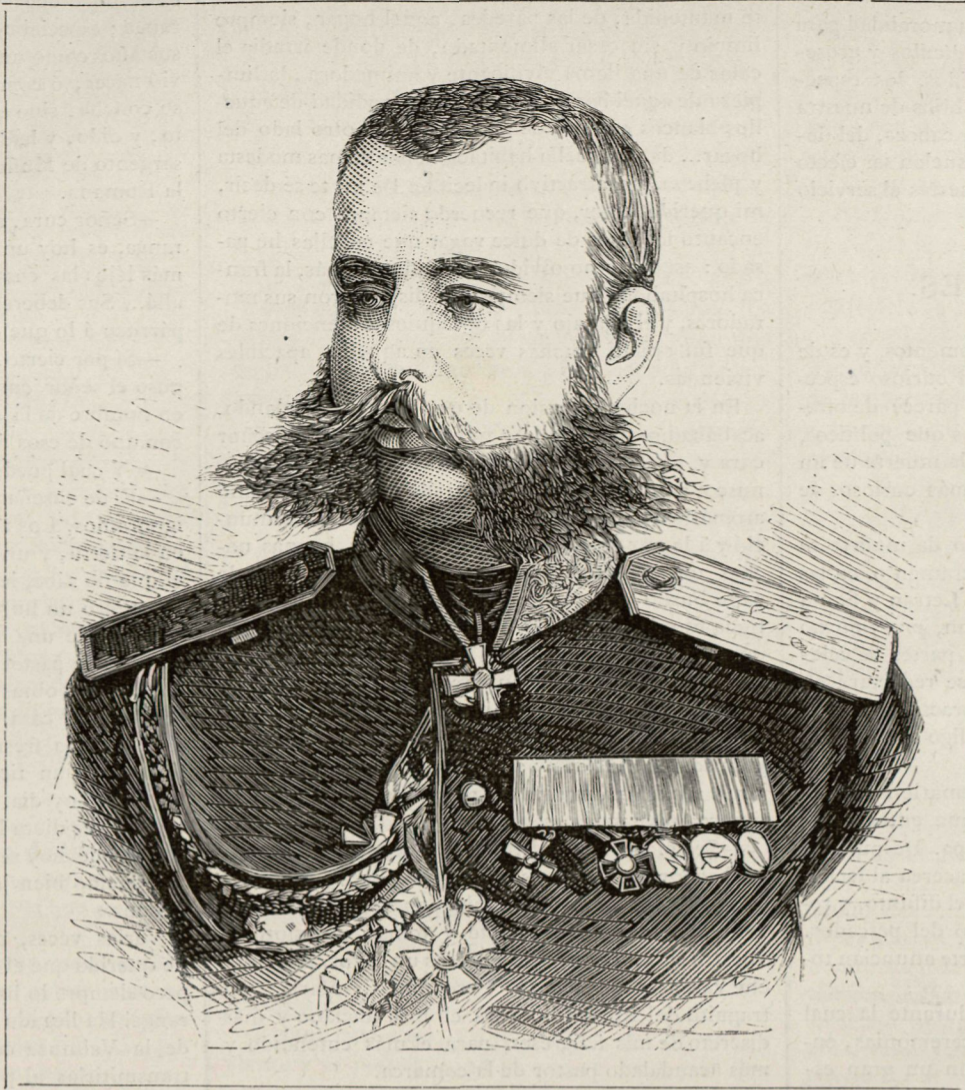
Cuando el tener espíritu conduce sólo á la muerte, hay que matar el espíritu, si se quiere que viva el cuerpo.

En tales tiempos no cabe más elección que entre

ser héroes ó ser siervos. Nuestros padres dormían aún el sueño de la servidumbre.

No estaba lejos la hora del despertar. Y como después han pasado por mí tantas vicisitudes—ó he pasado yo por ellas,—me agrada, hasta cierto punto,

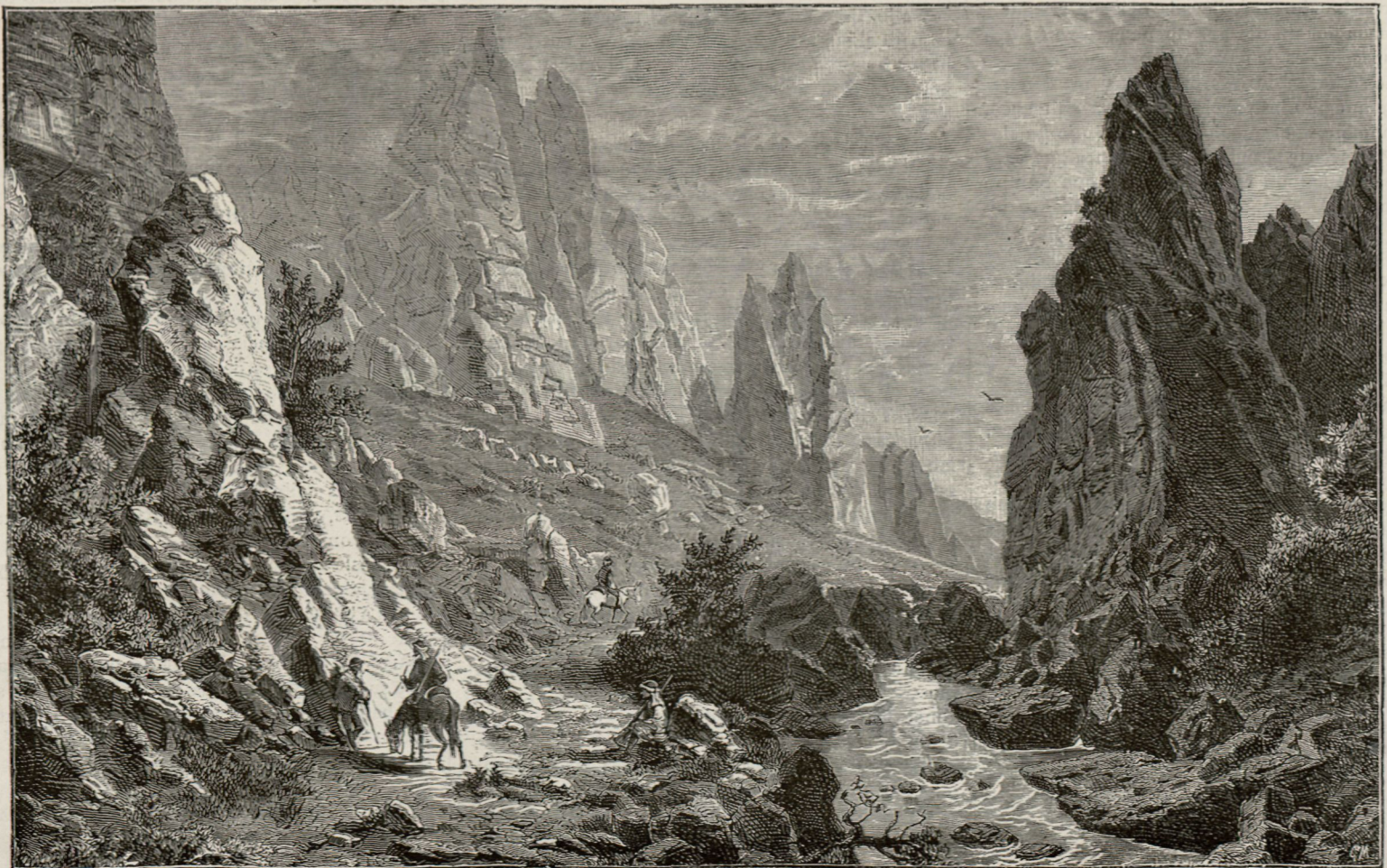
obligaciones de la casa en favor de las benditas ánimas del purgatorio. Venía después el fisco con más ojos que el puente de Salamanca y más brazos que el gigante de la fábula; y para que no quedase ni polvo en las trojes, ni tamo en los bolsillos, nos



El general Skobelev, jefe de la 16.^a division de ejército en Plewna.

recordar aquellos días, que para mí eran verdaderamente de inocencia y de paz: y consento de buen grado dejarles ese nombre, aún cuando me conste bien, que para nuestros padres eran días de privaciones, de miserias y de afrentoso envilecimiento.

Aunque hijo de un humilde colono de la inmediata alquería, debía á mi mismo padre el saber medianamente leer y escribir; pero toda mi aplicación y mi pasión por la lectura y escritura no me habían eximido desde que tuve doce años, de ser el pastor de un pequeño hato de cabras que á duras penas y con grande empeño procuraba mi padre sostener; porque decía, y tenía razón, que sin los esquilmos del ganado, la poca tierra que labraba no le daría para la renta y para la siembra, teniendo que pagar ante todas cosas el diezmo y las primicias; después el voto de Santiago; luego á la Casa Santa de Jerusalén, y á seguida para la redención de cautivos, la hermandad de San Francisco; cuestaciones de Padres Gilitos y de Padres Capuchinos; limosna de costumbre á los Santuarios de la Peña de Francia y de Valdejímena. Esto sin contar otras atenciones espirituales indispensables; tales, como las bulas de la Santa Cruzada, y las anuales, mensuales y semanales



Exploradores turcos en los Balkanes.